

Alex Fusté

Chief Global Economist

Andbank

alex.fuste@andbank.com

[@AlexfusteAlex](https://twitter.com/AlexfusteAlex)



El supone un desafío para Washington, pues trunca sus aspiraciones de hundir las exportaciones de crudo iraní.

China & Irán: Un acuerdo con serias implicaciones

Dijo Cicerón, en su día, que “la guerra debe emprenderse de tal manera que parezca que sólo se busca la paz”. ¿Debo inferir entonces que cuando una parte señala vistosamente su belicosidad, en realidad busca evitar la guerra? El pasado viernes Pekín cerró un vistoso acuerdo con Irán, en virtud del cual China compraría grandes cantidades de petróleo a Teherán con un descuento de entre el 20%-30%, liquidando las operaciones en Renmimbi. Este es, para mí, el suceso más relevante de cuantos se han sucedido en este interminable agosto de 2019. Y lo es por sus implicaciones. En primer lugar, este acuerdo es un claro desafío de Pekín hacia Washington, pues este último podría ver truncadas sus aspiraciones de hundir las exportaciones de crudo iraní literalmente a cero. Un objetivo que, por cierto, venía cumpliéndose de forma muy efectiva. Recuerden que tras el abandono del acuerdo nuclear en Mayo de 2018 (por parte de los EUA) y reiniciar el régimen de sanciones a Teherán, la producción de crudo de Irán se hundió desde los 3.8 millones de barriles por día (mbpd) a los actuales 2.2 mbpd. Teniendo en cuenta que aproximadamente 1.5 mbpd van destinados a consumo doméstico, eso significa que Irán solo exporta ahora 0.7 mbpd. Una ínfima fracción de los 2.3 mbpd que exportaba hace año y medio. Es fácil deducir, entonces, que Irán esta desesperada por incrementar sus ventas de petróleo, y mediante este acuerdo con China, se ha dejado claro que Pekín podría pasar a comprar en breve hasta 2.2 mbpd de crudo iraní (un salto gigantesco desde los 0.2 mbpd que venía comprando hasta ahora).

¿Quién gana?

A cambio de vender petróleo barato, y en cantidades ilimitadas, Teherán recibirá inversiones chinas por valor de USD80bn en cinco años para modernizar la infraestructura energética en Irán. Para garantizar sus inversiones, China desplegará unas 5000 personas sobre el terreno, además de para proteger los envíos de crudo desde el Golfo Pérsico. Esto, en la práctica, significa que Irán recibiría apoyo militar ante intervenciones de terceros países en las aguas de la región; un aspecto que podría elevar la tensión y el nerviosismo a nivel global. Por último, al liquidar las operaciones en Renmimbi, Teherán buscará recortar la dependencia que, como el resto de países, tiene hacia el sistema dólar. Para China, este acuerdo aseguraría un suministro barato de energía, además de perseguir el objetivo de aumentar la internacionalización del Renmimbi y crear un bloque económico basado en la divisa china; aunque tengo serias dudas respecto la consecución de este objetivo.

¿Quién pierde?

Si bien pudiera parecer que este acuerdo proporcionará un lucro a los países firmantes, éste no vendrá sin un coste.

En primer lugar, el precio internacional del petróleo se verá muy presionado a la baja (debido al aumento de la cantidad de oferta –desde Irán- en el mercado

El precio internacional del petróleo se verá muy presionado a la baja.

global, así como el descuento significativo de esta nueva oferta). A este respecto, el gran perdedor será Arabia Saudita, quien ha venido luchando en el último año y medio (infructuosamente) para levantar el precio internacional del crudo. Viendo las implicaciones del contrato entre Pekín y Teherán, Riyadh ha reaccionado rápidamente despidiendo al “todo poderoso” ministro del petróleo (Al-Falih), nombrado ministro en el 2016 precisamente para coordinar la estrategia con la OPEP, y otros países como Rusia, a fin de levantar el precio internacional del crudo, para poder cuadrar los déficits crónicos del país y al mismo tiempo facilitar la venta de la empresa energética Aramco. En sustitución de Al-Falih, los saudíes han puesto como ministro a un familiar del príncipe Mohamed Bin Salman (quién claramente persigue políticas que impulsen el precio del crudo), aunque no creo que puedan contrarrestar los efectos bajistas del acuerdo energético entre China e Irán. Los saudíes, en un entorno de precios bajos del petróleo, verán truncados todos sus objetivos de futuro. Sin duda, serán los grandes perdedores de este acuerdo.

el gran perdedor será Arabia Saudita

En segundo lugar, habrá un coste para China. El contrato con Irán supone el desafío más claro de cualquier nación hasta hoy contra el régimen de sanciones internacionales impuesto por Washington. Sin duda, esto complicará mucho cualquier resolución del conflicto comercial entre Pekín y Washington. En respuesta a este acuerdo, los EUA podrían aumentar la presión sobre Huawei y el sector tecnológico Chino en su conjunto, aumentar aranceles aún más o incluso intentar dejar a China fuera del sistema dólar. Pero eso sería demasiado peligroso, incluso para Trump. Sea como fuere, una cosa tengo clara, y es que se han complicado seriamente las negociaciones comerciales entre las dos potencias económicas, lo que a su vez pesará mucho sobre las expectativas de crecimiento e inflación globales. Ello animará a los bancos centrales a mantener las políticas de estímulos. La parte positiva (si es que puede decirse así) es que nada parece suponer un riesgo que pueda “pinchar” la burbuja que hoy vivimos en los mercados de deuda.

Habrá un coste para China, pues se han complicado seriamente las negociaciones comerciales con los EUA

Si pensara como Cicerón, interpretaría la decisión de Pekín como una ruidosa bravata lanzada a modo de amenaza visible. Justo lo que alguien hace cuando lo que realmente persigue es la paz (según el filósofo). Al fin y al cabo, es fácil pensar que Pekín busca, a través de esta amenaza, “la carta” que le falta para jugar la partida de las negociaciones. En toda negociación es necesario tener algo para ofrecer, y Pekín puede ahora ofrecer la liquidación de dicho contrato con Irán cuando negocie un posible tratado comercial con los EUA. El problema es que ni soy filósofo, ni escritor, ni pensador como el romano. Soy un simple hombre austero, algo indulgente en la complacencia del buen vino y el disfrute de las artes literarias, igual que la mayoría de mis congéneres participantes del mercado. Como tales, y a diferencia de Cicerón, podemos sentirnos inclinados a pensar que Pekín ya habría asumido que un acuerdo comercial es prácticamente imposible, y que sería el momento para aplicar la contraproducente política de “estaremos mejor haciendo lo mejor dentro de lo peor”. Lo que no deja de situarnos en lo peor.